

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE EL CÁNTICO NUEVO Y EL RETORNO A LA PATRIA CELESTIAL Y LOS PELIGROS DEL CAMINO, SERMÓN A LOS CATECÚMENOS. (C,G,S)*

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Tránsito de la antigüedad a la novedad. Todo aquel que desea el bautismo de Cristo, anhela una vida nueva. Pase, pues, de la antigüedad para llegar a la novedad. Antes existía el testamento antiguo, el cántico antiguo, el hombre antiguo: ahora, sin embargo, el testamento es nuevo, el cántico es nuevo, por causa del hombre nuevo. Demostremos lo que decimos con testimonios de las Sagradas Escrituras. El profeta Jeremías dice: "He aquí que vienen días, dice el Señor, y consumaré sobre la casa de Judá un testamento nuevo" (Jeremías 31, 31). También el profeta David: "Dios, cantaré para ti un cántico nuevo" (Salmo 143, 9); y de nuevo: "Cantad al Señor un cántico nuevo" (Salmo 95, 1). El apóstol Pablo también dice: "Despojándoos del hombre viejo, vestíos del nuevo" (Colosenses 3, 9-10); y en otro lugar: "Las cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5, 17). ¿Qué cosas viejas pasaron? ¿Qué cosas son hechas nuevas? Si hay un oyente espiritual, no solo entiende, sino que también ve las cosas que son hechas nuevas. Pero si hay un oyente carnal, que todo lo entiende a través de los ojos de la carne y nada a través de la mente, responde burlándose: Te ruego, dime, ¿qué cosas son hechas nuevas? ¿Acaso miro un cielo diferente al de antes, o estrellas que brillan con un nuevo resplandor? ¿No recorre el sol el día con los mismos cursos, y la luna la noche con los mismos recorridos? ¿Acaso el mar ha transgredido sus límites o la faz de la tierra ha cambiado produciendo nuevas y extrañas plantas? ¿No se cumple el día como al principio, en doce horas, y el tiempo del verano con los mismos incrementos con que el invierno se cumple con sus disminuciones? También la misma progenie de los mortales, con unos muriendo y otros naciendo, cumple sus días limitados. Entonces, cuando todo, como fue establecido desde el principio, así concurre, manteniendo sus movimientos y límites, ¿qué es lo que se nos predica, "Las cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas"? Responde, oh Pablo, a quien tales cosas nos pregunta; y porque yo no puedo responder, te ruego, responde por mí. He aquí, escucha al Apóstol: ¿Qué buscas, oyente carnal, mirar a través de los ojos de la carne? Eleva la mirada de tu mente, para que puedas entender lo que se dice, "Las cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas". ¿Qué cosas viejas pasaron? ¿Qué cosas son hechas nuevas? El primer hombre, dice, de la tierra, terrenal; el segundo hombre del cielo, celestial (1 Corintios 15, 47). Pasó Adán, el hombre viejo hecho del barro: vino Cristo, Dios hombre enviado del cielo. Pasó la antigüedad de las mentes, llegó la novedad de los creyentes: pasó la vida carnal, sucedió la espiritual. ¿Es pequeña esta novedad, así demostrada por el hombre Dios, que al morir asumiera tu antigüedad, al resucitar mostrara tu novedad, al ascender afirmara tu claridad? Las cosas viejas pasaron: ¿qué cosas viejas pasaron? Que erais hijos de Adán, hijos carnales. Llegaron cosas nuevas: ¿qué cosas nuevas? Que os hacéis hijos de Dios, hijos espirituales. Las cosas viejas pasaron; erais tierra: he aquí que todas son hechas nuevas; ya casi sois hechos cielos. Los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo 18, 1). No os parezca imposible, que siendo terrenales, os hagáis celestiales. ¿No hará de la tierra un cielo, quien de la nada hizo la tierra y el cielo? Las cosas viejas pasaron; adorabais piedras: llegaron cosas nuevas; adoráis al Dios verdadero. Las cosas viejas pasaron; pasó la mortalidad: llegaron cosas nuevas; se prometió la inmortalidad. Las cosas viejas pasaron; toda carne pereció por la mujer junto con el hombre pecador: llegaron cosas nuevas; la carne fue restaurada, sin hombre, naciendo de una virgen. Las cosas viejas pasaron; pasó el reino de la antigüedad: llegaron cosas nuevas; sucede Jerusalén, la ciudad celestial de la novedad. A esta ciudad nueva deseáis llegar, quienes habéis dado vuestros nombres para ser inscritos.

CAPÍTULO II.

2. Apresurémonos hacia la patria. Preparación del navío. Ea, hermanos míos, deseemos ardientemente nuestra propia patria; toleremos esta peregrinación que aún nos retiene de ella, no la amemos: apresurémonos, sin embargo. No hay razón para permanecer aquí; no encuentras en el mundo algo que ya puedas amar. Pues el mismo amor de los padres, esposas, hijos, riquezas, o ha causado gran trabajo a algunos, o produce gran temor: no hay razón para permanecer aquí. Pues mejor es apresurándonos desear las cosas eternas, que permaneciendo aquí nos alcance la ruina del mundo. Preparemos la carga, tomemos y subamos al barco la fe y la cruz, no falte el ancla de nuestra esperanza de salvación, extendamos las cuerdas de diversas virtudes, recojamos las velas de la caridad, invoquemos el viento favorable de la palabra de Dios; saquemos la sentina de los pecados, que la conciencia sea purificada por las limosnas. No se impida el curso de nuestro navío, trabajemos con nuestras manos como podamos. Con sus manos sacaba la sentina quien decía: "Con mis manos ante él de noche, y no fui engañado" (Salmo 76, 3). No descuidemos nuestros pecados: son pequeños, pero son muchos. Una ola fuerte que irrumpe hunde el barco, y amenaza naufragio: pero el agua que se filtra por las grietas y llega a la sentina, si no se seca continuamente, hace lo mismo. Por tanto, que se saque la sentina, no se descuide la misericordia; porque la limosna libra de la muerte, y ella misma purga los pecados (Tobías 4, 11). Que la gracia de Cristo sea nuestra protección, cantemos nuestro dulce canto de remo, Aleluya; para que alegres y seguros entremos en la patria eterna y felicísima. No tema el alma este gran mar, es decir, el mundo, cuyos oleajes y torbellinos sentimos como poderes enemigos del mundo. Confiando en Dios, muchos santos ya han despreciado estas olas, muchos las han pisado, muchos caminando seguros sobre sus aguas han llegado a la patria. Pero se levanta un viento fuerte y una gran tempestad, la codicia de cada uno. Titubea la fe en el mar, clame en ti Pedro, Señor, perezco: dará la mano al que se hunde, y no permitirá que perezca aquel que por nosotros se dignó caminar sobre las aguas (Mateo 14, 25-32). Mira al apóstol Pablo, no solo mostrando este navío, sino también subiendo a él, e invitando a muchos. Cuando decía: "Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto" (1 Timoteo 6, 8); ¿qué otra cosa mostraba sino que se debía cargar lo necesario? Cuando decía: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gálatas 6, 14); subía al barco. Cuando decía: "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, de benignidad, humildad, longanimidad, mansedumbre" (Colosenses 3, 12); ¿qué otra cosa hacía sino extender las cuerdas? Cuando decía: "Permanece la fe, la esperanza, la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad" (1 Corintios 13, 13); recogía las velas. Cuando decía: "La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente" (Colosenses 3, 16); invocaba el viento favorable. Cuando decía: "Así que, mientras tengamos oportunidad, hagamos bien a todos" (Gálatas 6, 10); y, "Trabajando con vuestras propias manos" (1 Tesalonicenses 4, 11); ¿qué otra cosa hacía sino ordenar que se sacara la sentina? Cuando decía: "Por gracia sois salvos" (Efesios 2, 8); pedía protección. Cuando decía: "Cantando salmos e himnos en vuestros corazones al Señor" (Efesios 5, 19); enseñaba el santo canto de remo. Cuando decía: "Porque en esperanza fuimos salvos" (Romanos 8, 24); fijaba el ancla en los corazones de los creyentes. Cuando decía: "La Jerusalén de arriba, que es libre, la cual es nuestra madre" (Gálatas 4, 26); mostraba la misma patria. Cuando decía: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 15, 55, 57); ya no estaba en peligro en el mar, sino que ya se alegraba en su propia patria. Oh excelente piloto, oh bellissimo maestro y doctor, enseñaste, hiciste; y por eso llegaste rápidamente, porque lo que enseñaste, primero lo hiciste.

CAPÍTULO III.

3. Del camino terrestre a la patria, y del animal de carga adecuado. Si acaso alguien, como suele suceder, rehúye el navío, y teme las olas desconocidas del mar, y desea realizar el viaje, por el cual, aunque más lentamente, pueda llegar a la patria; mostraré el camino, o más bien el camino se muestra a sí mismo. He aquí que en el Evangelio clama el Salvador: "Yo soy el camino" (Juan 14, 6). Tienes el camino, camina, pero con cuidado doma tu animal de carga, tu carne; pues sobre ella se asienta tu alma. Así como si en este camino mortal montaras un animal que al llevarte quisiera precipitarte; ¿no le sustraerías el alimento al fiero para que, seguro, pudieras viajar, y lo domarías con hambre si no pudieras con el freno? Nuestra carne es nuestro animal de carga: viajamos hacia Jerusalén; a menudo nos arrastra la carne, y trata de sacarnos del camino. Por tanto, domemos tal animal con ayunos. Mira a aquel piloto y al mismo tiempo viajero, el apóstol Pablo, mira a aquel domando su animal. "En hambre", dice, "y sed, en ayunos muchas veces" (2 Corintios 11, 27), "castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre" (1 Corintios 9, 27). Así, pues, tú también, que deseas caminar, doma tu carne, y camina. Caminas, si amas. No corremos hacia Dios con pasos, sino con afectos.

CAPÍTULO IV.

4. Sobre los diversos tipos de caminantes. Este camino nuestro busca caminantes. Hay tres tipos de personas que odia: el que se queda, el que retrocede, el que se desvía. Que nuestro paso sea liberado y defendido de estos tres tipos de males con la ayuda del Señor. Ahora bien, cuando somos caminantes, uno camina más lentamente, otro más rápidamente, sin embargo, caminan. Deben ser despertados los que se quedan, los que retroceden deben ser llamados de nuevo, los que se desvían deben ser guiados al camino, los lentos deben ser exhortados, los rápidos deben ser imitados. Quien no progresa, se ha quedado en el camino: quien tal vez se desvía de un propósito mejor hacia lo que dejó peor, ha retrocedido: quien abandona la fe, se ha desviado del camino. Con los lentos y con los más rápidos tenemos trato, sin embargo, con los caminantes. ¿Quién es el que no progresa? Quien se cree sabio; quien dice, Me basta lo que soy; quien no atiende a quien dice: "Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3, 13-14). Se dijo a sí mismo corriendo, se dijo a sí mismo siguiendo; no se quedó, no miró atrás: lejos de errar, porque enseñaba el camino, que él mismo sostenía y mostraba. Para que imitáramos su celeridad, dijo: "Sed imitadores de mí, como yo de Cristo" (1 Corintios 11, 1). Nos consideramos, pues, amadísimos, caminando en el camino con vosotros: si somos lentos, adelantados; no envidiamos, buscamos a quienes seguir. Si, sin embargo, pensáis que caminamos rápidamente, corred con nosotros: uno es el destino al que todos nos apresuramos, tanto los que caminamos más lentamente como los que caminamos más rápidamente. ¿Quiénes son los que retroceden? Los que de la continencia vuelven a la inmundicia, los que de un propósito santo y singular de virginidad se desvían hacia las torpezas de la voluptuosidad, y con una mente corrupta corrompen también la carne. A estos increpa el apóstol Pedro, diciendo: "Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás" (2 Pedro 2, 21). ¡Oh mal, volver atrás! Pues la esposa de Lot, que liberada de los sodomitas, contra el mandato miró atrás, perdió lo que había escapado. No sin razón fue convertida de repente en estatua de sal (Génesis 19, 26), sino para que con su ejemplo sazonara a los insensatos. ¿Quiénes son los que se desvían? Todos los herejes, que dejando el camino de la verdad errando por el desierto, merodean y capturan almas en pecados, impidiendo que alguien pueda llegar a la patria: convertidos en lobos de camino vestidos con piel de oveja, siendo por dentro lobos rapaces; predicando a Cristo como el camino, y llevando a la muerte a quienes los siguen.

CAPÍTULO V.

5. Cómo discernir la falsa predicación de la verdadera. Aquí, si alguien dice, ¿Qué hago yo que no encuentro? He aquí un hombre predica a Cristo, predica el camino, dice ser discípulo de Cristo, dice anunciar la verdad, ¿por qué no he de seguir a quien predica tales cosas? Respondo, Porque su lengua tiene una cosa, su conciencia otra. ¿Cómo lo sé, preguntas? ¿Acaso puedo escudriñar las conciencias? Oigo a Cristo de él: lo que oigo, eso creo, eso sostengo. No te engañe el hijo de la falsedad, si eres hijo de la verdad. Aprende ya, cristiano, que deseas tanto oír como ver a Cristo. Si alguien te predica a Cristo, atiende y considera cómo lo predica, dónde lo predica. Pues Cristo es la verdad (Juan 14, 6), se predica a través de las Sagradas Escrituras; no en rincones, no ocultamente, sino abiertamente, públicamente. Pues en el sol puso su tabernáculo (Salmo 18, 6); esto es, en lo manifiesto colocó su Iglesia. Aquí ya mira a aquel que te predica a Cristo, que diga cómo predica a Cristo.

CAPÍTULO VI.

6. Error de los maniqueos. He aquí al hereje maniqueo, que a través de su doctrina promete introducirte en la verdad, dice que el mismo Cristo es engañador. No tuvo, dice, un cuerpo verdadero: fue un fantasma, fue un espíritu. Y esto niega que haya sido en él el malvado maniqueo. Oh pésimo hereje maniqueo, si no quieres creer a la Verdad diciendo a sus discípulos: "Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo" (Lucas 24, 39). Si no quieres creer, como he dicho, a la Verdad, cree al judío que lo crucificó. Pues cuando tú dices, Cristo fue Dios, no hombre; el judío dice, No fue Dios, sino hombre. La Iglesia Católica convenciendo a ambos, dice: Yo sostengo la verdad, que Cristo es tanto Dios como hombre. Pero tú, maniqueo, ¿de dónde pruebas que Cristo fue un espíritu? ¿Un espíritu recibió bofetadas? ¿Un espíritu llevó una corona de espinas? ¿Un espíritu cargó con su cruz? Si fue un espíritu, ¿de quién dividieron los soldados las vestiduras? Si fue un espíritu, ¿cómo cuando entregó el espíritu, su cuerpo colgó casi medio día inerte en la cruz? Si fue un espíritu, ¿cómo fue perforado su costado con una lanza? ¿Cómo fue recibido por José para ser sepultado, cómo fue colocado en el sepulcro? Todas estas cosas un espíritu no puede sufrir. Tal como fue predicho de él antes por los Profetas, así también se hizo. Erras mucho, falsedad; en todo te supera la verdad. ¿Acaso, hereje, como enseñas, la Verdad mintió, y tú predicas la verdad? ¿Y dónde predicas esto? En lo oculto, en lo secreto. Si tu predicación está sostenida por la verdad, que tu doctrina sea pública. Muéstrame tu Iglesia. Pero sabemos lo que hacéis, engañados y engañadores. El apóstol Pablo os delató diciendo: "Porque lo que hacen en secreto, es vergonzoso aun mencionarlo" (Efesios 5, 12). Para nosotros es vergonzoso decirlo, pero vosotros no cesáis de hacerlo. Manifiesta es vuestra ignominia, desnuda está vuestra deshonra; por vuestra confesión y escritura, a todos se ha hecho pública vuestra doctrina vergonzosa: ¡ojalá algún día se corrijan vuestros corazones!

CAPÍTULO VII.

7. Error de los arrianos. Otros herejes arrianos no quieren que el mismo camino, Cristo, por el cual se va al Padre, sea igual al Padre según la divinidad. Y aunque él mismo dice: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30); ellos dicen: Si Cristo fue enviado, es menor: ciertamente es mayor quien envía que quien es enviado. Este argumento es humano, no autoridad divina. La operación de la Trinidad es diferente, que tú, hereje, no comprendes, quien piensas carnalmente. No tienes un corazón puro, ni hacia Dios. Cristo, en cuanto asumió la humanidad, se dice que fue enviado: en cuanto es Dios, es igual al Padre. Pues, ¿a dónde lo enviaría el Padre, donde él mismo no estuviera con el Hijo? ¿O a dónde vendría el Hijo, donde no estuviera junto con el Padre aquel que dice: "Yo en el Padre, y el Padre en mí está" (Juan 14, 10, 9); y, "Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14, 9); y quien

por el profeta dice: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jeremías 23, 24); y de quien Salomón dice: "Alcanza con fuerza de un extremo al otro, y dispone suavemente todas las cosas. Alcanza en todas partes por su pureza" (Sabiduría 8, 1 y 7, 24)? Pero tú, hereje, dices que es mayor quien envía, menor quien es enviado, porque piensas en espacios de tiempo. Pero te equivocas mucho al asignar tiempos a aquel por quien fueron hechos los tiempos. Si confieras al Padre como Dios, al Hijo como Dios, y crees que tanto el Padre como el Hijo son eternos; no hagas menor al Hijo en aquello que te hizo, porque fue hecho menor para redimirte. Pero él mismo, dices, dijo: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28). Entiende según el hombre asumido, y dejarás el error. Según esto dice: "El Padre es mayor que yo", según lo que el profeta dice de él: "Lo hiciste un poco menor que los ángeles" (Salmo 8, 6). Pero tú, ¿según qué lo afirmas menor? Si según el poder: "El Padre no juzga a nadie, sino el Hijo" (Juan 5, 22). Si según las obras: "Todo fue hecho por el Hijo". Si crees esto de Dios según el tiempo, porque así como tú eres mayor que tu hijo, así él es mayor que su Hijo: que Dios aleje esto de los oídos de los fieles; es indigno creer esto de Dios. Pues si el Hijo es, según la deidad, el Verbo de Dios, como narra el evangelista Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1, 3, 1); ¿hubo algún tiempo cuando el Padre estuvo sin el Verbo, o hubo algún principio antes de ese principio, ya que el mismo Hijo dijo ser el principio? Pues cuando los judíos le preguntaron: "¿Tú quién eres?", respondió: "El principio" (Juan 8, 25). Por lo tanto, también lo que está escrito en el Génesis: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Génesis 1, 1), se entiende en el Hijo, que es el principio. Así, siempre Dios Padre, siempre Dios Hijo; porque ni aquel alguna vez no fue Padre, ni este alguna vez no fue Hijo. Pues no para que el Padre generara al Hijo, se disminuyó a sí mismo: sino que así generó de sí otro como él, para que permaneciera todo en sí. El Espíritu Santo no precede de donde procede, sino que es íntegro de lo íntegro, ni lo disminuye al proceder, ni lo aumenta al adherirse. Y estos tres son un solo Dios, de quien el profeta dice: "Tú eres el único Dios grande" (Salmo 85, 10). Pero tú, hereje, compones grados, separas la Trinidad: haces al Padre mayor, al Hijo menor, al Espíritu Santo siguiendo. Pero ya hemos dicho algo sobre el Hijo, que es igual al Padre, y lo que se nos ocurrió, lo hemos dicho: escucha también sobre el Espíritu Santo, a quien quieres que sea menor que el Padre y el Hijo. Sin duda, el Espíritu Santo es el mismo Espíritu de Dios. Escucha también que está junto con el Padre y el Hijo, y está todo en todas partes. Dios, dice el apóstol Juan, "es Espíritu" (Juan 4, 24). Y el mismo Hijo por el profeta dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Isaías 61, 1): no dice, después de mí, para hacerlo seguidor de él, o menor; sino que dice, sobre mí. Por eso el ángel Gabriel a María: "El Espíritu Santo", dice, "vendrá sobre ti" (Lucas 1, 35). También el profeta David: "¿A dónde iré de tu Espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás, si desciendo al abismo, allí estás" (Salmo 138, 7 y 8). Por lo tanto, si el Espíritu de Dios está presente en el cielo y en la tierra y en el infierno con aquel que dice: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jeremías 23, 24); entonces la Trinidad es un solo Dios. Pero escucha aún, hereje, de dónde te convencerás de que la Trinidad es un solo Dios. En el mismo principio del libro del Génesis, que dijimos, está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra". He aquí Dios Padre, y el principio el Hijo, según lo que él dijo ser el principio. Si también buscas al Espíritu Santo: "El Espíritu", dice, "de Dios se movía sobre las aguas". Cuando, por lo tanto, se lee en lo siguiente: "Dijo Dios, Hágase la luz"; y, "Formó Dios de la tierra"; y, "Hizo Dios": esto demuestra que las obras de la Trinidad son inseparables. Esto se demuestra más claramente en lo siguiente. Pues cuando se llegó al punto de que el hombre fuera formado, dice la Escritura: "Y dijo Dios, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". No dijo, Haré a mi imagen y semejanza, para que solo el Padre fuera entendido; ni dijo, Hágase, para que al Hijo se le ordenara hacer, por quien fueron hechas todas las cosas; ni se dijo, Hicieron, para que cada uno aportara su obra en él: sino que al decirse, "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza", para que la Trinidad fuera entendida como un solo Dios;

inmediatamente se añadió, "Y Dios hizo al hombre, a su imagen lo hizo" (Génesis 1). He aquí que por las Escrituras sagradas se proclama que la Trinidad es un solo Dios; el arriano, alguna vez convencido, se confunde. Pero escucha aún, hereje, al apóstol Pablo convenciéndote y enseñándome, escucha lo que dice sobre el Hijo de Dios: "Cuando", dice, "en forma de Dios estaba, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse" (Filipenses 2, 6). Él lo proclama igual, tú lo afirmas menor. ¿A quién se debe creer, al Apóstol, o a ti? ¿A ti, a quien todo el mundo ha rechazado, o a aquel a quien todo el mundo ha aceptado? Ceda, por lo tanto, al menos tarde, tu perversidad convencida, porque ya la doctrina evangélica y apostólica ha poseído todo el mundo.

CAPÍTULO VIII.

8. Herejía de los pelagianos. Otra cueva de ladrones no buenos, los herejes pelagianos, también debe ser mostrada y evitada: esta es su doctrina perversa. Aunque la Escritura dice: "Maldito el hombre que confía en el hombre" (Jeremías 17, 5); y, "El que se gloria, gloriése en el Señor" (1 Corintios 1, 31): estos, al contrario, prometen que este hombre maldito no incurrirá si confía en sí mismo, o si se gloria en sí mismo. Pero, ¿por qué decir mucho contra ellos? Esto prometió también su padre el diablo al primer hombre: "No morirás", dijo, "seréis como dioses". Despreció a Dios, creyó a la serpiente, y perdió lo que había recibido. Si entonces aquel hombre no fue cauteloso, ahora el hombre debe tener cuidado al menos por experiencia. Dios odia a los que presumen de sus propias fuerzas. Pues lo que puede el libre albedrío no ayudado, se demostró en el mismo Adán. Para el mal es suficiente por sí mismo; para el bien no, a menos que sea ayudado por Dios. Pues aquel primer hombre recibió el libre albedrío recto, y Dios puso ante él, como dice la Escritura, "fuego y agua: a lo que quieras", dice, "extiende tu mano" (Eclesiástico 15, 17). Eligió el fuego, dejó el agua. Veán al justo juez. Lo que el hombre libre eligió, recibió: quiso el mal, esto lo siguió. Veán de nuevo al justo juez haciendo misericordia. Cuando vio que el hombre, usando mal el libre albedrío de la voluntad, había condenado toda su descendencia en sí mismo como en una raíz; él, no siendo rogado, descendió del cielo, y al hombre pereciendo por soberbia, lo sanó con su humildad: condujo a los errantes al camino, lleva a los peregrinos a la patria. Por lo tanto, no se gloríe la naturaleza humana de sí misma, sino que se gloríe en aquel que la hizo.

CAPÍTULO IX.

9. Los herejes son confundidos con una sola voz. Ahora bien, las demás sectas de herejes que predicán a Cristo como el camino, pero que erran lejos del camino, son convencidas y confundidas con una sola voz de ese verdadero camino que dice: "Muchos me dirán en aquel día, Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les diré: No os conozco: apartaos de mí, todos los que obraron iniquidad" (Mateo 7, 22 y 23). Por eso obraron iniquidad, porque perturbaron la unidad de mi Iglesia.

CAPÍTULO X.

10. Exhorta a los que van a ser bautizados a que se dirijan rectamente a la patria. Vosotros, sin embargo, brotes fieles de la santa madre Iglesia católica difundida por todo el mundo, huid de todas las herejías. Si alguien os evangeliza algo diferente, sea anatema (Gálatas 1, 9). Haced caminos rectos con vuestros pies: no os desviéis ni a la derecha presumiendo, ni a la izquierda desesperando. Corred rápidamente por el camino recto: pues este os lleva a la patria; a esa patria cuyos ciudadanos son los ángeles, cuyo templo es Dios, cuyo esplendor es el Hijo, cuyo amor es el Espíritu Santo; ciudad santa, ciudad bienaventurada; ciudad donde

ningún amigo se pierde, donde ningún enemigo es admitido; donde nadie muere, porque nadie nace; nadie se enferma, porque se alegra con salud incorrupta. Cuando llegemos allí, no tendremos hambre ni sed: la misma visión será nuestra saciedad. No dormiremos allí, porque no trabajaremos allí. No habrá necesidad de ninguna cosa para la restauración, donde no habrá deficiencia. Viviremos, reinaremos, nos alegraremos. Si tanto deleita cuando hablamos de ella, ¿qué será verla? Ver a Dios, vivir con Dios, vivir de Dios. Pues nuestra vida será alabar a Dios, y amar sin deficiencia. "Bienaventurados", dice el profeta, "los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán" (Salmo 84, 5). Hermanos amadísimos, si hemos trabajado con los navegantes, y hemos guiado a los viajeros, si hemos mostrado diligentemente las fauces desviadas de los ladrones, es decir, de los herejes, si ya veis con los ojos de vuestro corazón la patria celestial declarada y mostrada; devolvednos el fruto de nuestro trabajo. Devolved, hermanos, devolved, os lo exigimos. Pues tal es nuestra recompensa, que os exigimos, que ni nos avergüence pedir, ni os pese dar. Esto que exigimos, al darlo lo acumularéis más, que sufriréis detrimento si no lo dais. ¿Cuál es, entonces, nuestra recompensa? No buscamos vuestro oro, ni vuestra plata, ni vuestro dinero, ni nada de vuestras posesiones: sino que nuestra recompensa es que en esa santa fuente nos ayudéis con vuestras oraciones.